

¿POR QUÉ LOS CATÓLICOS TIENEN CRUCIFIJOS?

¿DÓNDE ESTÁ ESO EN LA BIBLIA? de Patrick Madrid

"Nosotros ... predicamos a un Cristo crucificado..." 1 Corintios 1,23

Muchos no católicos tienen aversión a los crucifijos. Si bien una "cruz vacía" no les causa problemas, por ejemplo, algunos protestantes objetan el crucifijo porque éste presenta a Cristo muriendo en la cruz. "Cristo ya no está en la cruz", afirman ellos. "Él reina glorioso en el cielo. ¿Por qué hacer énfasis, entonces, en Su muerte?" Ésta es una pregunta razonable que merece una respuesta razonable.

Comencemos por reconocer que los católicos hacen énfasis tanto en la Crucifixión como en la Resurrección, sin minimizar ni restarle importancia a ninguna de las dos. En nuestras representaciones del nacimiento, vitrales e imágenes, también representamos a Nuestro Señor como un bebé en el pesebre, como infante en brazos de Su madre y como adolescente que instruye a los rabíes en el Templo. Cada una de estas etapas de la vida de Nuestro Señor son dignas de ser representadas. Pero el *punto central* y *propósito* de la Encarnación de Cristo y Su ministerio es Su muerte en la cruz. Como Él mismo dijo: "Para esto he nacido y he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad" (Juan 18,37).

El Arzobispo Fulton Sheen resumió la razón para usar un crucifijo en vez de una cruz vacía cuando dijo: "Mantengan sus ojos en el crucifijo, porque Jesús sin la cruz es un hombre sin misión, y la cruz sin Jesús es una carga sin alivio".

¿Acaso no nos sucede que cuando vemos una cruz vacía, nuestra mente automáticamente "ve" a Cristo ahí? Después de todo, nosotros reconocemos que la cruz tiene sentido únicamente porque Cristo murió en ella por nuestra salvación. Los católicos usamos crucifijos para evitar aquello que Pablo nos advirtió, que "la cruz de Cristo no pierda su eficacia" (1 Corintios 1,17).

El acto supremo de Cristo fue morir en la Cruz en expiación de nuestros pecados. Su Resurrección fue la prueba de que funcionó lo que Él hizo en la cruz – Él venció a la muerte – y demostró más allá de toda duda que Él era quien afirmaba ser: Dios. La Crucifixión fue el acto que cambió la historia. La Resurrección demostró la eficacia de dicho acto.

Por Su muerte en la cruz, Cristo venció el pecado y la muerte, redimió al mundo, abrió el camino de la salvación para todos los que quisieran recibirlo, y reconcilió a Su pueblo con el Padre (cf. Efesios 2,13-18; Colosenses 1,19-20). De ahí que el crucifijo sea un recordatorio poderoso para nosotros de lo que Jesús hizo en nuestro favor esa tarde oscura en el Calvario.

"Entonces Jesús dijo a sus discípulos: «El que quiera venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga»" (Mateo 16,24; cf. Mateo 10,38). Es cierto, la Resurrección y la gloria esperan a aquellos que siguen fielmente a Cristo, pero nosotros sólo llegaremos ahí si recorremos el camino de la cruz.

San Pablo hizo énfasis en la Crucifixión cuando dijo: "Por mi parte, hermanos, cuando los visité para anunciarles el misterio de Dios, no llegué con el prestigio de la elocuencia o de la sabiduría. Al contrario, no quise saber nada, fuera de Jesucristo, y Jesucristo crucificado" (1 Corintios 2,1-2).

Y en 1 Corintios 1,18-24, dijo: "El mensaje de la cruz es una locura para los que se pierden, pero para los que se salvan –para nosotros– es fuerza de Dios. Porque está escrito: *Destruiré la sabiduría de los sabios y rechazaré la ciencia de los inteligentes. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el hombre culto? ¿Dónde el razonador sutil de este mundo? ¿Acaso Dios no ha demostrado que la sabiduría del mundo es una necesidad? En efecto, ya que el mundo, con su sabiduría, no reconoció a Dios en las obras que manifiestan su sabiduría, Dios quiso salvar*

a los que creen por la locura de la predicación. Mientras los judíos piden milagros y los griegos van en busca de sabiduría, nosotros, en cambio, predicamos a un Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los paganos, pero fuerza y sabiduría de Dios para los que han sido llamados, tanto judíos como griegos. Porque la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que la fortaleza de los hombres".

En Gálatas 6,14, él proclamó: "Yo sólo me gloriaré en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo".

Y si alguien supone que los primeros cristianos no tuvieron su mente enfocada en la muerte en la cruz, que considere lo que dice San Pablo en 1 Corintios 11,25, donde de nuevo pone énfasis en la crucifixión: "Y así, siempre que coman este pan y beban esta copa, proclamarán la *muerte* del Señor hasta que él vuelva".

Recordemos la escena de la Crucifixión. Algunos entre la multitud que estaba presente en el Calvario le gritaron a Cristo cuándo Él moría: "... ¡sálvate a ti mismo, si eres Hijo de Dios, y baja de la cruz!" (cf. Mateo 27,40; Marcos 15,30). Qué eco tan extraño y triste encuentran esas palabras hoy en los argumentos de aquellos que objetan el crucifijo como recordatorio del sacrificio de Cristo.

Nosotros, los católicos, debemos esforzarnos en emular a San Pablo y "no querer saber fuera de Jesucristo, y Jesucristo crucificado" (cf. 1 Corintios 2,2; 1 Corintios 1,17-18).

Una manera de profundizar nuestro aprecio por el Crucifijo como recordatorio de lo que Cristo hizo por cada uno de nosotros es orar, mientras leemos devotamente los relatos de la Pasión. Y hay otra cosa que también podemos hacer. Pararnos delante de un crucifijo y meditar estas punzantes palabras (*tomadas de Poema a Cristo en la Cruz de Lope de Vega*):

¿Quién es aquel Caballero
herido por tantas partes,
que está de expirar tan cerca,
y no le socorre nadie?

«Jesús Nazareno» dice
aquel rétulo notable.
¡Ay Dios, que tan dulce nombre
no promete muerte infame!

Después del nombre y la patria,
Rey dice más adelante,
pues si es rey, ¿cuándo de espigas
han usado coronarse?

Dos cetros tiene en las manos,
mas nunca he visto que claven
a los reyes en los cetros
los vasallos desleales.

Unos dicen que si es Rey,
de la cruz descienda y baje;
y otros, que salvando a muchos,
a sí no puede salvarse.

De luto se cubre el cielo,
y el sol de sangriento esmalte,

o padece Dios, o el mundo
se disuelve y se deshace.

Al pie de la cruz, María
está en dolor constante,
mirando al Sol que se pone
entre arreboles de sangre.

Con ella su amado primo
haciendo sus ojos mares,
Cristo los pone en los dos,
más tierno porque se parte.

¡Oh lo que sienten los tres!
Juan, como primo y amante,
como madre la de Dios,
y lo que Dios, Dios lo sabe.

Alma, mirad cómo Cristo,
para partirse a su Padre,
viendo que a su Madre deja,
le dice palabras tales:

Mujer, ves ahí a tu hijo
y a Juan: Ves ahí tu Madre.
Juan queda en lugar de Cristo,
¡ay Dios, qué favor tan grande!

Viendo, pues, Jesús que todo
ya comenzaba a acabarse,
Sed tengo, dijo, que tiene
sed de que el hombre se salve.

Corrió un hombre y puso luego
a sus labios celestiales
en una caña una esponja
llena de hiel y vinagre.

¿En la boca de Jesús
pones hiel?, hombre, ¿qué haces?
Mira que por ese cielo
de Dios las palabras salen.

Advierte que en ella puso
con sus pechos virginales
un ave su blanca leche
a cuya dulzura sabe.

...

Dulcísimo Cristo mío,
aunque esos labios se bañen
en hiel de mis graves culpas,
Dios sois, como Dios habladme.

Habladme, dulce Jesús,
antes que la lengua os falte,
no os descieran de la cruz
sin hablarme y perdonarme.

Tomado de Envoy